

1820 fué una tormenta que la violencia conjuró en beneficio del perjurio: 1830 volvió á colocar gradualmente la democracia al pie del tróno. La cuestión es saber si ha de volver á ocuparle, y está ya medio decidida.

Los apostólicos entretanto no descansaron; agitáronse á la sombra de sus monasterios, urdieron ocultas tramas, y declamaron, aunque en voz baja, contra la atrevida extranjera que tenía supeditado al rey; en la Edad media hubieran dicho hechizado; pero todos esos murmullos se perdieron ante el gran rumor de la revolución de julio. Al llegar aquí cambia la escena, complícase el drama, y principia otro acto.

La nueva de la insurrección de París produjo en Madrid una conmoción igual á la que había producido en Europa. Alarmóse el rey Fernando, no sin motivo, porque los desterrados de Cherburgo éranle bien allegados como deudos y como restauradores de su corona: en su naufragio parecía el principio de su existencia, y difícil era prever entonces dónde pararía la ola popular tan imprevisiblemente sublevada. La corte de España vaciló entre pareceres encontrados; los sucesos por fin vinieron á sacarla de incertidumbres.

A la sazón que estalló la revolución, la Francia y la Inglaterra se hallaban pobladas de proscritos españoles, lastimosos restos de las catástrofes anteriores: el movimiento de París les volvió la esperanza. Súpose en Madrid que los refugiados, reunidos en juntas revolucionarias en Londres y en París, se aprestaban á probar una intentona, y á traspasar la frontera. El gobierno español, sacudido por un sentimiento natural de conservación, dirigió vivas reclamaciones á los gabinetes de aquellas dos naciones: el primero atajó los preparativos con sólo suspender alguna de las disposiciones del *alien bill*. El francés hizo del sordo, mas animó á los emigrados y les facilitó fondos; pero después, cuando estuvieron comprometidos, los abandonó y negó, como el apóstol á los suyos. Esta página de la vida de M. Guizot será un borrón eterno en la historia del país que debía haberse apresurado á lavar el error de 1823 y proclamarse hermano de los liberales de España.

Nadie ha olvidado el resultado de la triste expedición de 1830: un puñado de proscritos, privados de recursos, se lanzó llevado de su heroísmo en la garganta de los Pirineos. Valdés y Mina fueron rechazados por Santos Ladrón, feroz absolutista, que se hizo fusilar más tarde en las filas carlistas, y por Llauder, que

juzgó más prudente hacerse liberal. Llauder era entonces capitán general de Aragón, alto puesto que debía á sus ciegas deferencias por Fernando VII. Empleó en la persecución de ese Mina, de quien había de ser poco después el colega y el adulator, un encarnizamiento de que conservarán los habitantes de la frontera largos recuerdos. ¡Qué gloria para Llauder si hubiera podido añadir á su blasón de moderna fecha la cabeza de Mina al lado de la cabeza de Lacy, y encima el sombrero de la grandéza! Pero esta doble gloria no le fué dada, y hubo de contentarse con su primer hazaña de Cataluña y la simple corona de marqués (1).

Así acabó un año comenzado bajo tan brillantes auspicios: entretanto, la reina había dado á luz una princesa el 10 de octubre, y al mismo tiempo que la causa constitucional era vencida en la frontera, triunfaba en la capital, puesto que el nacimiento de la heredera, obligando al partido carlista á desplegar la enseña de la rebelión, había de forzar á la reina á buscar su salvación y la de la monarquía en el apoyo de esos mismos hombres que á la sazón se estaban fusilando en los Pirineos.

El nacimiento de un príncipe hubiera tapado la boca á los apostólicos; hubieran podido todo lo más disputar la regencia á Cristina y turbar la minoría; pero, ¡qué diferencia entre esa lucha parcial y la lucha de principios de que la pragmática ha sido ocasión, lucha que ha abierto sucesivamente á los emigrados sus casas primero, las Cortes después, y por fin los ministerios! ¡Y todo por haber nacido en vez de un príncipe una princesa! Niéguese después de eso que la Providencia, que ha sabido hacer emanar de tan tenue circunstancia tan grandes acontecimientos, niéguese que protege la democracia. Quiere su triunfo, le ha resuelto, y los reyes mismos no son en su mano más que un instrumento para coronar su obra. Estas peripecias constituyen la alta parte cómica de la historia.

El drama entretanto se complica: contéplase Fernando entre dos enemigos, el partido constitucional, representado entonces por Mina,

(1) ¿Quién no recuerda con dolor el éxito de la triste tentativa del general Lacy (que tanto se distinguió en la gloriosa guerra de la independencia) para levantar en Cataluña el estandarte de la Constitución? El general Castaños mandaba en Barcelona: quería salvar á Lacy y con esta intención envió contra él á Llauder, que había sido protegido de Lacy y que le debía su suerte; pero Llauder, en vez de secundar las miras de Castaños, arrestó en persona á su protector, y llevó la ingratitud hasta la brutalidad. Lacy fué fusilado á pesar de las representaciones que al rey dirigió el general Castaños, y Llauder fué sucesivamente promovido á los primeros grados de la carrera militar. El cadáver de su intrépido y generoso protector fué el primer escalón de su fortuna.

yel partido apostólico, representado por don Carlos. Este permaneció casi tranquilo el año 1831; la revolución de julio no le había espantado menos que á Fernando, porque en eso eran comunes sus intereses y entrambos se veían amagados. Lo contrario le avino al partido liberal: lo que era para sus enemigos ocasión de espanto, éralo de esperanza para él; y el año entero no fué por tanto más que una continuada insurrección; cambióse sólo de campo de batalla, y se probó la suerte en el Mediodía. Desde el mes de enero el general Torrijos, refugiado en Gibraltar, había intentado una expedición, que por entonces no había cuajado. Casi al mismo tiempo el desgraciado Manzanares se estrelló en las sierras de Andalucía. En la Isla de León hubo otra insurrección abortada. El general Quesada, capitán general á la sazón de Andalucía, reprimió esos diversos movimientos; y aunque se le puede hacer la inculpación de haberse constituido voluntaria y libremente instrumento de la tiranía, fuerza es hacerle la justicia de haber desempeñado su triste misión con una medida y una humanidad de que Llauder, su colega de Aragón, no había creído oportuno usar en circunstancias semejantes.

Todos estos movimientos empero, aunque sofocados, asombraron al gobierno de Fernando; cobró miedo, y el terror le restituyó á sus naturales inclinaciones, es decir, á la ferocidad. Instaláronse nuevamente las inexorables comisiones militares; las reacciones fueron atroces, y el reinado del terror volvió á empezar. ¿Qué sangre vertida bastará para lavar la de tantas víctimas bárbaramente sacrificadas? La última escena de tan sangrienta tragedia fué sin embargo la más abominable. El inmortal Torrijos permanecía en Gibraltar, y clavada desde allí la vista en el sombrío horizonte español, acechaba con impaciencia sus primeros resplandores. Su presencia, su intermediación imponían pavor, y se decidió desembarazarse de él á toda costa. El gobernador de Málaga, Moreno, especie de hiena con semblante humano, el infame Moreno tendió el lazo más execrable de que hay memoria en la historia de las naciones, y al cual vino generosamente á caer la noble víctima destinada al inmundo cuchillo. Embarcóse el ilustre proscrito, atraído por engañosas sugestiones, y con él cincuenta y dos compañeros que habían de tener la gloria de participar de su patriótico martirio. Poco después fué nombrado capitán general el verdugo de Granada.

Velemos nuestro rostro de dolor y de indig-

nación. ¿Y se quiere todavía que no gritemos *venganza y exterminio* sobre su partido, cómplice todo él del más espantoso crimen? ¿Y es á nosotros á quien se pide todavía generosidad?

El mes de diciembre recordará todavía por muchos años con caracteres de sangre tan cobarde carnicería. ¡Él cerró dignamente ese año de reacción y de matanza! ¡Él le reasume todo entero y le bautiza! ¡Esos fueron los tristes resultados de la desgracia de Mina en los Pirineos; esos los frutos de la horrible victoria de Llauder, de ese mismo Llauder que estaba reservado todavía á dejar las huellas de sus san-



Don Francisco Espoz y Mina

grientas manos en las sillas ministeriales, en que había de sentarse al lado de sus propias víctimas!!!

La historia de España desde 1830 es un perpetuo vaivén. 1831 había pertenecido á los liberales, 1832 perteneció á los apostólicos; las bajas intrigas de los últimos ocuparon ese año, como las heroicas conjuraciones de los primeros habían ocupado el anterior.

La guerra civil devoraba á la sazón el Portugal; tratóse un momento en Madrid de intervenir en favor de don Miguel: esta ligereza no tuvo consecuencia, pero sirve de clave á las disposiciones de la corte de Madrid en aquella época. Debía volverse después á la idea de intervención; pero ya entonces se había vuelto la rueda de la fortuna, y la intervención debía ser en favor de don Pedro.

¿Qué hacían entretanto don Carlos y su partido? Reanimados por los sangrientos triunfos del gobierno de Fernando, que trabajando

para sí trabajaba también para ellos, pues, aunque divididos, tenían igual interés en la destrucción del enemigo común, los apostólicos cobraron valor, y practicaron sus minas con tal destreza, que estuvieron casi á punto de quedar dueños del campo de batalla. Su único objeto era ya la revocación de la pragmática, que alejaba del trono á su cliente: maniobraron tan hábilmente, que la pragmática fué revocada; pero, desgraciadamente para ellos y felizmente para la España, no fué por mucho tiempo. Este pequeño entremés político constituye una verdadera escena de comedia. No hay más que copiar: el drama está hecho. Cuando la historia se mete á poeta, los hace buenos.

No es fácil olvidar el mes de setiembre: la corte estaba en la Granja, y Fernando á las puertas del sepulcro. Había entonces en España un hombre que había sido criado, curial, empleado de un ministerio después, y por fin ministro. A la sazón era más que ministro: amparándose del nombre de Fernando, era rey de España é Indias. Gentes versadas en esta especie de misterios aseguran que había debido su encumbramiento á una obscena bufonada. ¡Hijos felices de las monarquías, todas las carreras os están abiertas! Pero el favor de Calomarde tenía á la sazón más sólida base en su ciega adhesión á los intereses y á las pasiones de la monarquía absoluta. Llamado al ministerio en 1824 bajo los auspicios de la invasión extranjera, su administración no había sido sino un tejido de errores. Calomarde fué el prototipo del sistema que podríamos llamar de los apagadores políticos, pues que sólo tendía á sofocar la inteligencia, la ciencia, las artes, cuanto constituye la esperanza del género humano. El cerró las universidades, y abrió en cambio una escuela de tauromaquia; sangrienta burla, insolente sarcasmo político que caracteriza él solo todo su sistema. Calomarde veía con celos el ascendiente que sobre el ánimo del monarca tomaba diariamente su joven esposa; pero no sólo no osó contrarrestarlo sino que se asoció á la pragmática sanción, cooperando á la redacción del testamento que había de asegurar la regencia á la augusta viuda, y que designaba los miembros de su consejo. ¡Extraña circunstancia, que sólo se comprende poseyendo la clave del carácter de Fernando! Casi todos los miembros de ese consejo de regencia eran enemigos personales de Calomarde, y algunos de ellos, como el marqués de las Amarillas, se hallaban en un desfavor equivalente á un des-

tierra. El mismo ministro había firmado su mistificación. Hay quien añade que el rey tenía un maligno placer en hacer leer á su favorito el testamento que en tan falsa posición lo ponía.

Todo esto no debía adherir mucho á Calomarde en favor de la reina: rancio absolutista, temía tanto más las innovaciones cuanto que no se le podía ocultar que la primera reforma había infaliblemente de empezar por él: su interés, así como sus principios, si es que semejantes hombres tienen principios, le inclinaban á don Carlos y al partido apostólico, quien supo sacar partido de la posición falsa del ministro: hicieronle proposiciones, y la semilla echada en tan buena tierra no tardó en germinar. La muerte inminente del rey, que de un momento á otro se esperaba, activó la intriga. Calomarde, para quien la menor tardanza era peligrosa, viró pues de bordo, y aprovechándose del estado del rey, no tuvo dificultad en abusar de él para hacer firmar á su mano moribunda una revocación de la pragmática de 1830. No bien se hubo dado este paso tan agigantado, cuando se esparció la voz de la muerte del rey, y corrió en instantes de San Ildefonso á Madrid, y de aquí á las provincias y al extranjero.

Gran júbilo en los conventos; el cliente monacal era rey, y con él iba á ocupar el trono el absolutismo apostólico; pero el triunfo fué de corta duración: el rey resucita, y don Carlos baja del trono. Nunea peripecia fué más repentina; los vencidos la víspera se apoderaron otra vez del campo de batalla, y los vencedores tocan retirada. Tuvieron lugar entonces en palacio escenas que la historia dirá algún día con escándalo: entretanto, la augusta infanta doña Luisa Carlota, acudiendo al rumor desde un rincón de Andalucía, llegó en el momento crítico de inclinar para siempre la balanza, y Calomarde sucumbió, yendo á buscar en el destierro la única salvación posible para él. Cea Bermúdez, ministro á la sazón en Londres, fué llamado al ministerio en 1.º de octubre: la victoria de la reina era brillante, y fué completa. El 6 vió la luz un decreto que le confiaba el timón de los negocios durante la convalecencia de Su Majestad. Era una regencia anticipada.

El primer acto de la regenta justificaba las esperanzas que en ella fundaba el partido liberal de 1830. El 15 se publicó una amnistía política, no absoluta, pues que fué seguida sucesivamente de otras tres, pero capital en el sentido de que descifraba claramente la posición y destrozaba el pacto impío de 1823. La

monarquía acababa de empeñar un pie en la revolución: sólo había dado un paso, es verdad, pero ¡cuán lejos se estaba ya de las comisiones militares del año anterior, y de la espantosa carnicería de Málaga!

Sucedieron las reformas rápidamente, si no de hecho, al menos el principio se proclamó: abriéronse las universidades, mejoróse la hacienda, y se creó un ministerio nuevo con el nombre de *fomento*. El pueblo no fué ingrato, y la popularidad de la reina llegó á su apogeo. En el ínterin los absolutistas no cesaban de bullir y remover sordamente ya un punto, ya otro de la península. La revocación arrancada por Calomarde existía todavía, y no fué anulada hasta el 31 de diciembre. Este día se publicó un decreto en que el rey declaraba espontáneamente que había sido sorprendido, retractaba una firma arrancada con tan indignos medios, y restablecía en todo su vigor la pragmática sanción.

Una nube se presentó sin embargo á oscurecer tan brillante horizonte. Cea acababa de llegar de Londres, y había tomado posesión del ministerio: la reina no había esperado su llegada para imprimir el movimiento á la máquina: estaba ya lanzada, lo cual no hubo de agradar á Cea. Apenas en camino éste, quiso ya cejar, y publicó un manifiesto anfibológico en que aceptaba por lo menos la herencia de Calomarde; anunciaba en verdad reformas, pero usaba de tales restricciones, que, á fuerza de atenuar la esperanza, la mataba. Amargo desengaño para el partido liberal; fiaba con todo en la reina, y podíase creer que la ambigüedad de Cea era una concesión hecha al rey; una vez muerto el rey, decíamos, él irá: su entrada en el ministerio no era menos por eso una victoria y un progreso. Pero no sólo no moría el rey, sino que totalmente restablecido volvió á tomar las riendas del Estado el 4 de enero de 1833, si bien asociando á la reina al consejo. Esta encontró en Cea más bien un rival que un auxiliar, y si algo podía sostener entonces al ministro, era que de paso que hacía una guerra oculta á las reformas, hacía la abierta y franca al partido apostólico, entronizando en la Península ese sistema de balancín, que debía transformarse poco después en verdadero justo-medio.

El paso más atrevido de Cea fué el destierro de don Carlos. Su presencia era para los frailes un eterno motivo de esperanzas, un foco inextinguible de hostilidades é intrigas incesantes. El 13 de marzo salió el pretendiente de Madrid

para nunca más volver á entrar en él. Y, para que no faltase circunstancia ninguna á su triunfo, y dar un principio de ejecución á la pragmática, se convocaron en 7 de abril las antiguas Cortes del reino para prestar juramento de fidelidad á la heredera.

El rey con ese motivo escribió á don Carlos una carta hábilmente redactada, en que le hacía dueño de tomar parte ó no en la ceremonia, no queriendo, decía, forzar las inclinaciones de su caro hermano. Don Carlos respondió protestando públicamente, y por el pronto todo el mundo se contentó con este pacífico trueque de frases más ó menos fraternales.

Más eminentemente político hubiera sido aprovechar aquella ocasión de reunir, en vez de las antiguas Cortes del reino, unas verdaderas Cortes nacionales; pero esas eran premisas cuyas consecuencias se temían; y habiéndose manifestado Cea hostil á toda idea de instituciones políticas, no era seguramente Fernando VII de quien se debía esperar que le obligase.

Verificóse el 20 de junio la solemne jura, que se celebró con las fiestas más ostentosas y más verdaderamente populares que en siglos enteros se hubiesen visto. Y de allí á tres meses ocurrió por fin un acontecimiento previsto ya de muy atrás. Fernando VII murió el 29 de setiembre. ¡Que descanse en paz! fué todo lo que pudieron decir los menos rencorosos. Muerto el rey, abrióse el famoso testamento, cuyo contenido era ya de antemano conocido. Instalóse la regencia, y Cristina, asistida del consejo de gobierno, tomó las riendas del Estado en nombre de Isabel II. La primera medida de la regencia fué una medida de conservación: mantuvo á Cea en el ministerio: el primer paso de éste fué también conservador; su manifiesto después de la muerte del rey es el desengaño más solemne que podía llevar un pueblo. Todo el mundo comprendió que Fernando vivía todavía en su ministerio; el odioso programa no era más que una explanación del que á su entrada en el ministerio había dado el político estacionario; pero entonces ya no vivía Fernando VII para tomar sobre sus regios hombros la responsabilidad de las malas intenciones de un ministro; húbola él de llevar entera, y le abrumó.

Mal principio era por cierto parapetarse en la negativa á los principios de una revolución. Cea padeció un grave error: se empeñó en no ver más que una cuestión de sucesión donde

no había más que una cuestión de principios: creyó que Isabel sentada en el trono, y apoyada en la legitimidad, tenía en sí sola su propia fuerza, y que no necesitaba ni del apoyo ni del concurso de la España liberal; de aquí su obstinación en negarse á transigir con ella, por más que quiso darle una dedada de miel ampliando la amnistía. Pero eso era tener un concepto hartó ventajoso de sí mismo. La nación no participó de ese concepto, y Cea vino abajo con el *despotismo ilustrado* que quería entronizar, y que para ningún partido era bastante. Para los absolutistas sobrara el *ilustrado*, para los liberales sobra el *despotismo*.

El error de Cea era tanto más grave cuanto que aislaba al trono, y le entregaba indefenso á los golpes de sus enemigos. Sin estar ligados precisamente como la causa lo está al efecto, la pragmática sanción y la rehabilitación del partido democrático eran ya dos hechos para siempre trabados é inseparables. Por más legítimo que fuese el derecho de Isabel, no necesitaba menos por eso el apoyo de la España liberal. Púedese en buen hora combatir un partido oponiéndole otro partido; pero pretender como Cea combatirlos á entrambos á la vez, eso supone la intervención de otro tercer partido que no existe felizmente en España.

Y la falsa posición de Cea era tanto más difícil de conservar cuanto que acababan de romperse las hostilidades en las provincias. El partido apostólico se constituyó agresor y levantó en nombre del pretendiente el estandarte de la rebelión. El primer general enviado por Cea, Saarfield, fué á cruzarse de brazos tranquilamente en Burgos, y fué reemplazado por Valdés, que lo fué él mismo por otros tan inhábiles como sus antecesores. El movimiento de las provincias exaltó á los liberales de Madrid, y produjo una reacción, por desgracia demasiado poco violenta; los liberales se contentaron con desarmar el 27 de octubre á los realistas.

La impopularidad de Cea crecía á medida que se amontonaban los acontecimientos: en vano trató de desplegar una ridícula energía, decretando destierros arbitrarios y suprimiendo periódicos; sólo consiguió poner de manifiesto su impotencia. Sitiado y estrechado cada vez más por dos enemigos igualmente exasperados, atado de pies y manos, y condenado á la inmovilidad, se vió aislado, y el consejo de regencia mismo acabó por soltarle de su mano,

uniéndose al partido constitucional en reclamación de garantías políticas. Los capitanes generales dieron el último golpe á la fortaleza desmantelada. El general Quesada lanzó desde Valladolid á fuer de perspicaz un manifiesto, mitad sumiso, mitad amenazador, en que pidió formalmente á la reina la destitución de Cea. Tras Quesada vino Llauder: el protegido y verdugo de Lacy, capitán general de Cataluña, había obrado su conversión: liberal ya entonces exagerado, ardía en amor de libertad; cubriendo una antigua enemistad personal con la máscara hipócrita de buen ciudadano, encarecía las exigencias de su colega, y poco le faltaba para pedir la cabeza de Cea.

Solo Cea, y aislado en medio de tan legítima inundación, debía caer, y cayó. Cayó en nombre de esas instituciones que su terco sofisma rehusaba al público deseo, y que habían llegado á ser la única salvación, la necesidad absoluta de la monarquía. Dejó pues el ministerio por segunda vez. La primera habíasele quitado Fernando por demasiado liberal; Cristina le despedía más tarde porque no lo era bastante. La primera vez tuvo por sucesor á uno de los más furiosos absolutistas de España, á un enemigo irreconciliable de las libertades democráticas, al miembro más intolerante del gobierno provisional de la fe en 1823, al duque del Infantado. ¿Y quién le sucede la segunda? Un ministro de la Constitución, un antiguo diputado de las Cortes de 1812, un hombre que había expiado el doble crimen en los presidios de Africa y en la emigración, Martínez de la Rosa. El progreso iba envuelto ya en la sola antítesis de esos dos nombres.

La pragmática, pues, empezaba ya á dar sus frutos, y desde aquí púedese decir que se entra de lleno en la revolución. El destierro de Calomarde y la entrada de Cea no eran en el fondo más que una intriga palaciega. La destitución de Cea y el advenimiento de Martínez de la Rosa eran la primera victoria de la democracia. Martínez de la Rosa en el ministerio era la doble rehabilitación de 1812 y 1820, era la condenación de 1823, era la convocación de las Cortes.

Ahora, si Martínez de la Rosa fué consecuente con sus antecedentes, y si correspondió á las esperanzas que legítimamente se fundaron entonces en él, eso es lo que los hechos van á probar ó á desmentir en el año siguiente.



DE 1830 A 1836

6

LA ESPAÑA DESDE FERNANDO VII HASTA MENDIZABAL

SEGUNDA PARTE

Martínez de la Rosa abre el año de 1834. Sus antecedentes son demasiado públicos para que nos detengamos mucho en ellos. Conocido ya en 1820 entre los más moderados, inspiró en 1822 bastante confianza al trono para verse encargado del timón de los negocios; pero poco feliz en su administración, tuvo que retirarse después de un ministerio de cinco meses, durante el cual el célebre 7 de julio le manifestó

inclinado á un golpe de Estado, que tendía á sustituir á la Constitución de 1812, demasiado popular á sus ojos, una carta, y la instalación de dos cámaras. Sus inclinaciones podíanse mirar desde entonces ya como poco revolucionarias, podíasele acusar de tibieza hacia las ideas democráticas.

La segunda restauración fué más clemente hacia él que había sido la primera, porque ni